



= ciudad + cultura /
ciudadanía + espacio
público

“por: Gerardo Sánchez D”

En principio, entender la relación espacio público-ciudadanía en la ciudad actual, implica interpretarla desde lo complejo, es decir desde lo multicultural, híbrido y objeto de continuos sincretismos y contradicciones. Esta situación implica la construcción y lectura de la ciudad a través de simbolizaciones (representaciones e imaginarios), relaciones sociales y producciones, acervo sedimentado históricamente a través de los cuales se ha enfrentado el mundo y la vida, en la emergencia de las realidades.

Ser ciudadano, es hoy un nivel de conciencia colectivo que se recrea en cada calle, parque, plaza a través de las experiencias sociales de encuentro y desencuentro. Detrás de cada espacio público existe, por lo tanto, una significación y una historia que merecen ser entendidas.

La reivindicación ciudadana va más allá de la defensa de los signos históricos o culturales, puesto que se basa en los principios de la participación dentro de cada esfera de la sociedad, en el derecho a poder expresar y decidir activamente sobre los espacios comunes, y en definitiva, sobre las formas de vida. Pero poco se habría avanzado si, tras reivindicar la “ciudadanía” como instancia participativa de desarrollo social, se sigue reservando al ámbito de la administración “pública” en exclusiva, los criterios de demarcación de lo público. Se trataría de un discurso demagógico si reivindicándolo se ignorara el papel determinante y legítimo que los ciudadanos juegan en la configuración definitiva de todo espacio público.

Frente a las teorías funcionalistas-estructuralistas y por otro lado, ante el economicismo que reduce a unos cuantos procesos la realidad de la urbe, la idea habermasiana de “desacoplamiento del sistema –el dinero y el poder- con el “mundo de la vida” (que hace entrar en juego a la multiplicidad y diversidad de los actores urbanos), junto al surgimiento de múltiples formas de control sistémico y la generación de las denominadas patologías (segregación socio espacial, pobreza urbana, contaminación en sus múltiples formas, vulnerabilidad) y ambivalencias, se puede comprender tanto la heterogeneidad territorial de la ciudad como la expresión espacial de los conflictos urbanos.

Consecuentemente, se genera la necesidad de insistir en una aportación teórico-práctica de la gestión del espacio público, que supere como fin la reducción económico-edificatoria, y que apueste por la incorporación de las prácticas significativas de nuestro mundo contemporáneo. Pervivencia ésta para la que se necesita conocer (investigar, documentar), elegir (identificar los recursos), valorar (interpretar sus significados y posibilidades estratégicas), conservar/preservar y gestionar (intervenir/gestionar), y comunicar de una forma más implicada y más abierta a la ciudadanía.

En la actual mundialización de las dinámicas económicas de consumo, motivan como tendencia global la desterritorialización de la ciudad y el desdibujamiento de los límites entre lo externo y lo interno, entre lo público y lo privado. Esta situación plantea una dinámica entre lo homogéneo y lo heterogéneo, una articulación entre los elementos internos y externos. Pasto no sólo recibe conocimientos y prácticas diversas, sino que las recontextualiza en la medida en que no sólo permite un acceso a la información sino que

además los selecciona y reestructura dotándolos de un sentido local.

En este orden, ser un ciudadano no es entonces una condición material de quienes habitan una ciudad, es todo lo que tiene que ver con la interiorización de los espacios y vivencias respectivas, por parte de los ciudadanos en su dialéctica social. La ciudad es escenario de lenguaje, de evocaciones y re-cuerdos, de imágenes y de variadas escrituras. Existe una relación dialéctica entre los aspectos físicos de la ciudad, su uso, la vida social, y las representaciones. En una ciudad lo físico produce efectos simbólicos: sus escrituras y representaciones. Estas afectan y guían su uso social y modifican la concepción del espacio.



La cultura como mundo de las representaciones, se resistemiza y se caracteriza en lo ambivalente y lo autoincontenible, de este modo su competencia “se refiere tanto a la invención como a la preservación, a la discontinuidad como a la continuidad, a la novedad como a la tradición, a la rutina como a la ruptura de modelos, al seguimiento de las normas como a su superación, a lo único como a lo corriente, al cambio como a la monotonía de la reproducción, a lo inesperado como a lo predecible.”¹ La cultura en la práctica asume así el problema de la variedad cultural y su aleatorización.

El planteamiento expuesto es entonces una de las alternativas que pretende aproximarse a nuevos criterios de demarcación, y al reconocimiento como público del espacio que es capaz de concentrar en sí las señas de identidad de un grupo humano determinado, de tal manera que se integra significadamente en las prácticas sociales del mismo como experiencia colectiva.

Su reconocimiento, su lectura es presente, no pasado, y está abierta a procesos históricos que los refuerzan o excluyen dentro de esta dimensión cotidiana. Es resultado de una actitud compartida por los miembros de una sociedad, que eligen qué elementos y rasgos del pasado y del presente les caracterizan, y que en última instancia terminan por configurar la población contemporánea de espacios donde se proyectan estas señas de identidad. En este sentido, esta nueva iniciativa insiste en un concepto espacio público, que es hoy ante todo una elección, un patrimonio sociocultural.

cultura, identidades y ciudad

Los estados–naciones, son una forma de organización política que supera sus elementos objetivos de centro de poder y territorio, y vinculan la necesidad “subjetiva” de la idea de comunidad para los habitantes de este territorio, a través de la denominada nación, que es la depositaria simbólica de ese poder. “El modelo ideal del Estado - nación viene dado por la perfecta coincidencia entre el Estado – elementos objetivos – y la nación – elemento legitimador subjetivo de pertenencia.”² En este orden, la organización simbólica de gran parte de la ciudad durante casi todo el siglo XX es producto de las construcciones representacionales que este escenario político exige; a decir una regulación de la diversidad a través de la homogenización cultural, a partir de una producción y difusión de la identidad nacional. En esta dirección, la ciudad es revisada y resignificada desde la puesta en valor de elementos histórico-culturales al servicio siempre de alguna ideología. En concordancia con la visibilidad de las estructuras (Fernand Braudel) en los discursos históricos del momento, la ciudad se concreta en cuanto elemento identitario a través de los monumentos y los espacios públicos, y adquiere la misión pedagógica de transmitir y afianzar la confianza en la construcción identitaria nacional.

En este estado de la cuestión, acudimos en esta última década, y en el escenario que ha supuesto la reflexión de fin de siglo sobre la modernidad como proceso inacabado, al reconocimiento de importantes dinámicas que evidencia acertadamente J. Habermas como “la crisis de la racionalidad y las búsquedas de una aproximación holística al conocimiento, el predominio de la multiplicidad sobre la unicidad; las transformaciones de los modelos de sociedad, el descrédito de las

1. BAUMAN, Zigmunt., *La cultura como praxis.*, Barcelona: Paidós, 2002. p. 21.

2. GINER, S. y Lamo de Espinosa, E. (Eds.), *Diccionario de sociología*, Madrid: Alianza Editorial, 1998, p.262.



ideologías políticas, la creciente tensión entre la aldea global y las culturas locales, el imperio de la sociedad de consumo; el creciente divorcio entre las formas del poder – económico, tecnológico y el mundo de la vida, y al mismo tiempo la crítica a la excesiva tecnologización, la ciudad informática que va reemplazando a la ciudad geográficamente localizada”.³ El desencanto producido por el fracaso del proyecto moderno, el derrumbe del espíritu utópico, han conducido a una actitud crítica extrema.

Las dinámicas de las estructuras sociales exigen actualmente una nueva organización del pensamiento, nuevos paradigmas, nuevas y variadas ópticas con que acceder al carácter emergente de las relaciones sociales en el escenario de la cultura.

Hoy la cultura se entiende como: “un agente de desorden tanto como un instrumento del orden, un elemento sometido a los rigores del envejecimiento y de la obsolescencia, o como un ente atemporal. La obra de la cultura no consiste tanto en la propia perpetuación como en asegurar las condiciones de nuevas experimentaciones y cambios. O más bien la cultura “se perpetúa” en la medida en que se mantiene viable y poderosa, no el modelo sino la necesidad de modificarlo, de alterarlo y reemplazarlo por otro. Así pues, la paradoja de la cultura se puede reformular como sigue: todo aquello que sirve para la preservación de un modelo socava al mismo tiempo su afianzamiento.”⁴

La relativización de los procesos considera una nueva postura de lectura y análisis de la cultura. Las aproximaciones a la cultura suponen hoy entonces La relativización de los procesos considera una nueva postura de lectura y análisis de la cultura. Las aproximaciones a la cultura suponen hoy entonces una lectura que procure manipular posibilidades; y que desarrolle escenarios lo suficientemente inmediatos, un entendimiento de la fugacidad de las relaciones actuales en el marco de la cultura actual.

En este sentido y a pesar de que una de las conclusiones de esta fluidez es el reemplazo de la ciudad geográfica por la ciudad informática, habrá que insistir en el análisis de la ciudad como contexto físico natural donde el conflicto surge como escenario primario y prioritario laboratorio, del constante diálogo del espíritu de gestión y su intención de crear un orden perfecto (consecuentemente un estado del entorno en el cual no exista resistencia a ese orden), y las diversas soluciones personales biográficas a problemas de lo público, en una esencia de la cultura como disidencia, más aún cuando la distancia entre las formas de poder económico y tecnológico, y el mundo de la vida real se abren y cierran con cada encuentro y desencuentro.

³ HABERMAS, Jürgen., *“El discurso filosófico de la Modernidad”*. Madrid: Taurus, 1989, citado en WAISMAN, Marina., *La arquitectura descentrada*. Bogotá: Escala. 1999. p. 13.

⁴ BAUMAN, Zigmunt. Op. cit., p. 33.

Los márgenes:

nuevos escenarios de producción de la noción de ciudad

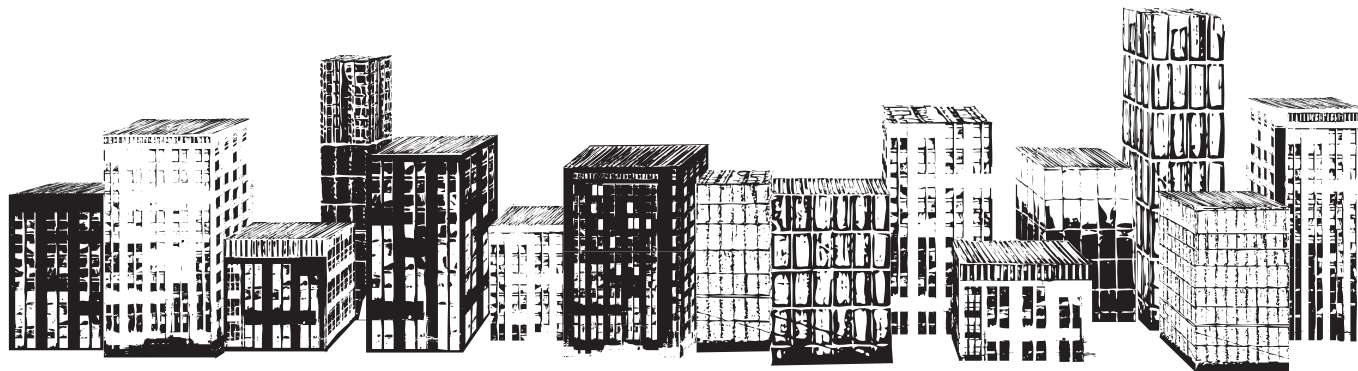
Se han de considerar “las nociones de límite y borde, no solo lingual sino visual; la noción de mapa, croquis y su reconstrucción en los sujetos territoriales; la noción de centro y periferia, quizás también en marca o desmarcación territorial, la noción de punto de vista ciudadano, como focalización narrativa donde los habitantes enuncian sus relatos que por ahora podremos llamar escuetamente como urbanos y, en fin, la representación de su ciudad o parte de ella, donde la puesta en escena de una representación nos devuelve el foco desde dónde y cómo se mira el territorio.”⁵

En este sentido y ante una cultura y una sociedad en las cuales fronteras, límites y márgenes significaban el final, la barrera, la separación, los márgenes surgen hoy como el espacio de intercambio y de negociación primordial en cualquier ciudad. Frente al centro protector, los márgenes, las fronteras, están en un proceso frenético de fusión y de transformación. La hibridación implica, según García Canclini, que se han movido las fronteras.

Esta dinámica en los límites de lo urbano, evidencia entre otras situaciones la profusa movilidad de sus pobladores y su versátil relación con el territorio, que como consecuencia de la fluidez de la información vincula en fugaces construcciones culturales cada vez más desmaterializadas. Emigraciones e inmigraciones de los pueblos a las ciudades, de las ciudades pequeñas a las ciudades grandes, de las ciudades grandes a la capital y después siguiendo la lógica de los urbanizadores que van moviendo a las poblaciones según el lucro del suelo de unos lugares de la ciudad a otros, exponen la deconstrucción y construcción del territorio como una experiencia cotidiana de millones.

Por otro lado la cotidiana experiencia de vivir la ciudad es cada vez más restringida, la extinción, dispersión y fragmentación de la urbe actual, circunscribe su lectura cada vez menos a la experiencia personal de recorrerla, y potencia su conocimiento a través de la imágenes de ciudad que difunden los medios. Se asiste entonces a un proceso que prescinde de la ciudad para la apropiación de su concepto.

5. SILVA Téllez, Armando. “El territorio: una noción Urbana”. En Revista Signo y Pensamiento, N° 12: Bogotá, Pontificia Universidad Javeriana, 1988. p.26.



Manuel Castells⁶ ha leído la desmaterialización, y la desterritorialización desde la perspectiva de los denominados nuevos movimientos sociales, que son ante todo una experiencia política alternativa, que pretende recuperar el sentido de sus vidas, a través de una resistencia desde el ámbito de las culturas regionales y el ámbito del barrio, ambos igualmente precarios, y sometidos al proceso de fragmentación y dispersión, pero desde ellos los movimientos sociales relacionan la lucha por una vida digna a la lucha por la identidad, por la descentralización y por la autogestión. Es decir que implicado en el proceso de desterritorialización hay un proceso de reterritorialización, de recuperación y resignificación del territorio como espacio vital desde el punto de vista político y cultural.

El territorio, entonces es algo físico, pero también mental, como narra Mircea Eliade “una conquista territorial solo se

convierte en real después del – o más exactamente por el – ritual de toma de posesión, el cual funciona como una copia del acto primordial de la creación del mundo”⁷ Según una propuesta de Néstor García Canclini⁸, se podría hablar de que las masas urbanas (latinoamericanas para el caso expuesto por el autor) están elaborando una “oralidad secundaria”, generada hoy en su vida cotidiana, y mediada como mensaje y lenguaje por los dispositivos y la sintaxis del mundo iconográfico de la publicidad, del mundo audiovisual.

En este orden la dialéctica urbana es eminentemente visual, está completamente llena de imágenes, el narrar es coser una imagen con otra. La oralidad secundaria constituye así el espacio de encuentro entre unas memorias de vida y relato, y unos elementos de narración visual nuevos.

Finalmente se propone la reflexión acerca de la ciudad como territorios de culturas esencialmente asentadas en el reencuentro con las memorias y los saberes indiciarios, en conjturas, en un conocimiento primordialmente visual-corporal. Un saber de la conjetura, y de la coyuntura, que no es la síntesis sino, más exactamente, la unión de diversos saberes y de pequeñas resoluciones de la realidad diaria.

En conclusión, el espacio público como lugar de surgimiento de subjetividades colectivas, formas de percepción, apropiación simbólica y acción se constituye, hoy más que nunca, en un texto de amplio análisis y estudio desde las nuevas formas de territorio.

6. CASTELLS, Manuel., *La ciudad informacional*, Madrid: Alianza, 1995

7. ELIADE, Mircea., *El mito del eterno*, Bogotá: Planeta, 1984, p.18.

8. GARCÍA Canclini, N. *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México: Grijalbo, Forcoming University of Minnesota Press, 1995.

